N.º 47 - TOMO 93 15 DE MARZO DE 2013



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

DIARIO DE SESIONES DE LA ASAMBLEA GENERAL

CUARTO PERÍODO ORDINARIO DE LA XLVII LEGISLATURA

3.ª SESIÓN

PRESIDE

EL SEÑOR DANILO ASTORI
Presidente

ACTÚAN EN SECRETARÍA LOS TITULARES HUGO RODRÍGUEZ FILIPPINI Y JOSÉ PEDRO MONTERO

SUMARIO

1) TEXTO DE LA CITACIÓN

"Montevideo, 12 de marzo de 2013.

La ASAMBLEA GENERAL se reunirá en sesión extraordinaria el próximo viernes 15 de marzo, a la hora 9:30, a fin de rendir homenaje a la memoria del señor Wilson Ferreira Aldunate, al cumplirse veinticinco años de su desaparición física.

Gustavo Sánchez Piñeiro Secretario

Hugo Rodríguez Filippini Secretario."

2) ASISTENCIA

ASISTEN: los señores Senadores **Sergio Abreu, Ernesto Agazzi, José Amorín, Milton Antognazza, Pedro Bordaberry, Alberto Couriel, Juan Chiruchi, Eber Da Rosa, Francisco Gallinal, Luis Gallo Imperiale, Gustavo Guarino, Luis Alberto Heber, Luis Alberto Lacalle Herrera, Jorge Larrañaga, Eduardo Lorier, Daniel Martínez, Rafael Michelini, Carlos Moreira, Constanza Moreira, Walter Morodo, Rodolfo Nin Novoa, Ope Pasquet, Gustavo Penadés, Luis Rosadilla, Enrique Rubio, Jorge Saravia, Fernando Scrigna, Héctor Tajam, Lucía Topolansky** y **Tabaré Viera,** y los señores Representantes **Pablo Abdala, Verónica Alonso, Nelson Alpuy, Fernando Amado, Daniel Aquino, Roberto Araújo, Saúl Aristimuño, Roque Arregui, Alfredo Asti, José Bayardi, Gustavo Bernini, Ricardo Berois, Gustavo Borsari Brenna, Graciela Cáceres, Daniel Caggiani, Fitzgerald Cantero Piali, Rodolfo Caram, Germán Cardoso, Alberto Casas, Gustavo Cersósimo, Evaristo Coedo, Carlos Corujo, Antonio Chiesa, Walter De León, Álvaro Delgado, Dante Dini, Martín Elgue, Gustavo Espinosa, Guillermo Facello, Álvaro Fernández, Carlos Gamou, Jorge Gandini, Javier García, Mario García, Juan Manuel Garino Gruss, Aníbal Gloodtdofsky, Óscar Groba, Aldo Guerrini, Doreen Javier Ibarra, Pablo Iturralde Viñas, Luis Lacalle Pou, María Elena Laurnaga, Irene Lima, José Carlos Mahía, Daniel Mañana, Jodami Martínez, Rubén Martínez Huelmo, Graciela Matiauda, Pablo Mazzoni, Felipe Michelini, Amín Niffouri, Raúl Olivera, Óscar Olmos, Daniela Payssé, Guzmán Pedreira, Daniel Peña Fernández, Alberto Perdomo, Pablo Pérez González, Nelson Pérez Cortelezzi, Mario Perrachón, Ana Lía Piñeyrúa, Ricardo Planchón, Iván Posada, Jorge Pozzi, Luis Puig, Daniel Radío, Sebastián Sabini, Alejandro Sánchez, Berta Sanseverino, Alba Sarasola, Víctor Semproni, Rubenson Silva, Mario Silvera, Robert Sosa, Martín Tierno, Daisy Tourné, Juan Ángel Vázquez, Pablo Vela, Carmelo Vidalín, Dionisio Vivián, Horacio Yanes, Jorge Zás Fernández** y **Luis Ziminov.**

FALTAN: con licencia: los señores Senadores **Carlos Baráibar, Alfredo Solari** y **Mónica Xavier**, y los señores Representantes **Gerardo Amarilla, Andrés Arocena, Julio Bango, Marcelo Bistolfi, Felipe Carballo, José Carlos Cardoso, Andrés Lima, Alma Mallo, Martha Montaner, Jorge Orrico, Yerú Pardiñas, Ivonne Passada, Aníbal Pereyra, Darío Pérez Brito, Esteban Pérez, Nelson Rodríguez Servetto, Hermes Toledo Antúnez, Jaime Mario Trobo, Álvaro Vega Llanes** y **Water Verri;** con aviso, los señores Representantes **José Amy, Julio Battistoni, Daniel Bianchi, Hugo Dávila, Rodrigo Goñi Romero, Gonzalo Mujica, Gonzalo Novales, Miguel Otegui, Susana Pereyra, Edgardo Rodríguez, Gustavo Rombys, Richard Sander, Pedro Saravia Fratti, Estacio Sena, Juan C. Souza** y **Carlos Varela Nestier**.

3) INASISTENCIAS ANTERIORES

SEÑOR PRESIDENTE.- Habiendo número, está abierta la sesión.

(Es la hora 9 y 43).

Dando cumplimiento a lo establecido en el artículo 29 del Reglamento de la Asamblea General, dese cuenta de las inasistencias a las anteriores convocatorias, en el caso de que existieran.

(Se lee:)

"A la sesión especial y solemne del día 8 de marzo, faltaron con aviso los señores Legisladores Sergio Abreu, Gerardo Amarilla, José Amorín, José Amy, Ricardo Berois, Daniel Bianchi, Marcelo Bistolfi, Gustavo Borsari, Rodolfo Caram, Germán Cardoso, Alberto Casas, Juan Chiruchi, Álvaro Delgado, Eber da Rosa, Martín Elgue, Gustavo Espinosa, Francisco Gallinal, Juan Manuel Garino, Rodrigo Goñi, Luis Alberto Lacalle Herrera, Luis Alberto Lacalle Pou, Gonzalo Mujica, Amín Niffouri, Alberto Perdomo, Ricardo Planchón, Nelson Rodríguez, Richard Sander, Pedro Saravia, Rubenson Silva, Mario Silvera, Daisy Tourné, Juan Vázquez, Walter Verry y Tabaré Viera".

4) HOMENAJE A LA MEMORIA DEL SEÑOR WILSON FERREIRA ALDUNATE AL CUMPLIRSE VEINTICINCO AÑOS DE SU DESAPARICIÓN FÍSICA

SEÑOR PRESIDENTE.- Saludamos especialmente al señor Presidente de la República y a todos aquellos que hoy nos acompañan.

La Asamblea General ha sido convocada a fin de rendir homenaje a la memoria del señor Wilson Fe-

rreira Aldunate, al cumplirse veinticinco años de su desaparición física.

La Asamblea General y la Barra se ponen de pie para entonar las estrofas del Himno Nacional.

(Así se procede).

- Dando comienzo a la parte oratoria de este homenaje, damos la palabra al señor Legislador Gallinal.

SEÑOR GALLINAL.- Señor Presidente de la Asamblea General, señor Presidente de la República e integrantes del Poder Ejecutivo que nos hacen el alto honor de jerarquizar con su presencia esta ceremonia: permítaseme empezar por expresar la alegría de tener en el palco que se encuentra a la derecha de la Presidencia la enorme presencia de Susana Sienra de Ferreira Aldunate encabezando a su familia, junto a sus hijos Juan Raúl, Babina, León y Gonzalo -no lo alcanzo a apreciar desde aquí, pero seguramente está siguiendo este acto en este momento-, a sus nietos y bisnietos, y en el palco que se encuentra a la izquierda de la Presidencia la presencia de quienes durante tantos años acompañaron en la amistad y en la identidad política a Wilson Ferreira Aldunate.

El Uruguay es, y solamente es, una comunidad espiritual. Esta definición, que caló hondo en la visualización y en el reconocimiento de los valores de nuestra patria, fue expresada por Wilson en ocasión de una de las más importantes grabaciones que hiciera llegar al país en las instancias previas a la celebración del plebiscito convocado por la dictadura militar en el año 1980, cuando se pretendía a través de una reforma constitucional definir la continuidad del régimen, amparados en el ámbito del derecho y de una nueva Constitución. De esa manera, Wilson pretendía alertar a la población del país en cuanto a que la comunidad espiritual que habíamos conformado durante tantos años, diferenciándonos de las naciones vecinas precisamente por ese alto contenido, estaba amenazada por lo que hasta entonces había representado la despiadada dictadura, cuya maldad todavía no conocíamos en toda su dimensión. Pero también representaba, de parte de Wilson, una convocatoria a la defensa de valores, a la unidad de los uruguayos porque, identificados con esa concepción de patria tan particular, teníamos en esa comunidad espiritual el arma a través de la cual defendernos de los designios dictatoriales. Casi al final de esa grabación -que pasada a casete, circulaba por el país entero-, decía Wilson: "Hasta ahí, comandante, no llega tu poder y créeme, comandante, de ti la historia ni se va a acordar, pero no se va a olvidar tu frase del 10 de setiembre; esa va a quedar". El resultado del plebiscito, primero, que sorprendió a propios y ajenos, y la restauración de la democracia pocos años después, demostraron que, efectivamente, hasta tanto no llega -por pesada que sea- la fuerza militar cuando intenta doblegar la voluntad de los uruguayos.

Quiere decir, entonces, que Uruguay es una nación democrática, republicana y representativa, todas condiciones cumplidas cabalmente para poder vivir en libertad, y simultáneamente es una comunidad espiritual. Sin una, no sería lo otro. Es necesaria la forma; es indispensable el contenido. Es importante votar, elegir y darse el sistema representativo y republicano. Pero también lo es que luego esa convivencia pacífica emanada de las condiciones, de las más amplias libertades en vigencia, esté acompañada de un sentimiento, de una idiosincrasia, de una forma de ser que nos define como uruguayos.

Por eso, nosotros, como Partido Nacional, creemos que esta Asamblea General Legislativa, convocada por todos los partidos políticos, iniciada con el enorme sentimiento, la calidez y el sentido de reverencia que le da el Himno uruguayo entonado por el Coro del Sodre, en un clima de augusta solemnidad republicana en que se desarrolla, es una expresión clara del Uruguay democrático, del Uruguay republicano, del Uruguay representativo, y también es una expresión clara de esa comunidad espiritual.

En esta Sala nadie renuncia a ninguno de sus principios. Cada uno tiene muy claros su historia, su ideología, su pasado y no deja de sentirse más lejos o más cerca de los demás partidos que integran esta Asamblea General en función de la circunstancia.

A Wilson lo combatieron, lo censuraron. Con él se irritaron y se fastidiaron. A Wilson lo encarcelaron. Hubo quienes hicieron lo posible para que Wilson sufriera la prisión cuando estaba en condiciones de alzarse, a través de su partido, con la victoria y, de esa manera, alcanzar la Presidencia de la República. Y Wilson los combatió a ellos. Así era Wilson y esa era su personalidad. Por eso, irritaba y fastidiaba, y deslumbraba, inclusive a aquellos que eran sus más tremendos adversarios.

Rescato otra frase de sus discursos, dicha después de comenzada la década del setenta: «Los que nos hablaban a veces, otras veces nos insultan. Nos llaman "tupas" o servidores del Pachequismo. Por algo somos el blanco de todos los ataques». Y es verdad. Wilson combatió el Pachequismo, condenó la subversión, se declaró en nombre del Partido Nacional como el más irreconciliable enemigo del dictador de 1973. Los pachequistas, los tupamaros, los dictadores, en distinta dimensión por supuesto, lo cuestionaron a él. Pero como somos una comunidad espiritual, somos capaces de estar aquí todos juntos, rindiendo homenaje a la memoria de Wilson Ferreira Aldunate.

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

- Eso sí; aquí estamos todos, menos algunos pocos que no creen en la comunidad espiritual; son cada vez menos. Alguno hasta merecidamente preso está. Muy probablemente en los días previos y posteriores al golpe de Estado, Wilson se haya preguntado cuál era el mejor camino a recorrer para combatir el régimen dictatorial que se instaló formalmente el 27 de junio de 1973, si quedarse en el país o vivir en el exilio; duda razonable, pues cualquiera de las opciones era honorable y eficaz a los efectos buscados. Quedarse representaba para él, como representó para otros, inequívocamente, terminar en prisión, como sucedió con el General Seregni, que con esa actitud y ese sacrificio, amén de otras acciones, se convirtió sin dudas en todo un símbolo de la lucha contra la dictadura militar.

Wilson optó por el camino del exilio. Vamos a situarnos en lo que fuimos y en lo que somos. Para un uruguayo perteneciente a un país de pequeña dimensión geográfica, en una región sacudida por dictaduras militares, esto constituía la posibilidad del más terrible de los anonimatos y la impotencia de no poder servir a la causa final, que era recuperar la libertad.

No se equivocó; no se equivocaron los que quedaron. No se equivocó Wilson, porque no solamente logró vencer ese anonimato sino que el exilio le permitió adquirir una dimensión para ganarse el reconocimiento de propios y ajenos dentro del país, de compatriotas y extranjeros, que terminó convirtiéndolo en el paladín de la lucha por la libertad.

Por allí anduvo -hace tiempo que no nos la encontramos- una peregrina tesis que decía que hubo dos Wilson: un Wilson hasta 1973 y otro Wilson después de 1973. Hasta siendo pocos los que sostenían la tesis peregrina, había otros que tenían otra tesis: una era que hubo un Wilson antes de 1973 y otro después de 1973 y la otra era que hubo un Wilson antes de 1984 y otro Wilson después de 1984. Pero Wilson hubo uno solo, con una matriz, una personalidad, una definición, una filosofía que lo acompañó siempre, que durante el exilio creció, maduró, se cultivo, creció su sabiduría, por supuesto. Pero eso es propio de quienes aspiran a ir creciendo. Todos aspiramos a ir creciendo en nuestras vidas.

En el exilio se impuso dos principios que lo acompañaron todos los días desde el primero al último, que además le hacen difícil la tarea. El primer principio era el de saber separar el Gobierno dictatorial, el Gobierno de turno, de la nación uruguaya. El segundo principio, muy caro a nuestro partido, que hemos defendido desde siempre y del que cada día nos congratulamos más y nos convencemos más de levantar, es el de la no intervención. En función del primer principio, la separación del Gobierno de turno, ilegítimo, y el pueblo uruguayo, jamás compareció ante ningún foro internacional buscando que se adoptara alguna decisión que pudiera dañar al pueblo uruguayo, a su gente. Jamás se le ocurrió plantear en los foros internacionales en los que compareció -y fueron muchos- cerrar los caminos del comercio, del desarrollo económico a la nación, porque eso representaba dañar a nuestra gente.

Y por el principio de la no intervención, que tantas veces vemos en el ayer y en el hoy debilitarse, jamás pretendió que otros se inmiscuyeran en las decisiones políticas que correspondían a los uruguayos y solamente a los uruguayos.

Siempre presionó -y lo logró- por debilitar y hacer cesar la asistencia militar que algunas naciones tenían para con la dictadura de turno, pero jamás se lo escuchó descalificar a la nación y, mucho menos, solicitar a cualquier organismo o a cualquier Gobierno, que se cortaran los lazos de supervivencia indispensable que toda nación debe tener cuando está integrada al mundo. A tal punto fue así que, cuando realiza en los Estados Unidos de América una denuncia extensa y documentada de los crímenes de la dictadura uruguaya, Wilson dice: «Nosotros -y estoy seguro de que puedo decir esto en nombre de todos mis compatriotas- no venimos a solicitar la ayuda ni la intervención del gobierno de los Estados Unidos de América para derribar la tiranía que sufrimos. Esa es una tarea que les corresponde a los uruguayos, y solo a los uruguayos. Además, ni siquiera podemos esperar la realización de gestiones diplomáticas inspiradas en razones humanitarias como la que, de haberse efectuado con decisión y a tiempo, quizás hubiera podido salvar la vida de nuestros ilustres ciudadanos y parlamentarios recientemente asesinados en Buenos Aires. Lo que solicitamos, sí, es que se ponga término a la actual interferencia directa en los asuntos internos de mi país, donde se apoya pública y expresamente a la dictadura y se sostiene dentro de esta a los sectores que inspiran las formas más diabólicas de represión [...]», y continúa su discurso.

Creo que es una ocasión oportuna para recordar al Senador Eduardo Koch, fallecido hace muy pocos días.

El Senador Eduardo Koch fue quien inspiró, quien llevó adelante y quien impulsó lo que después dio en llamarse la Enmienda Koch, que empieza a frenar el apoyo del Gobierno estadounidense a la dictadura instalada en el país. Poco tiempo después, Koch le envía una nota a Wilson diciendo: «Querido Wilson: quiero decirte lo que me he emocionado por tu telegrama y posterior carta de agradecimiento. Esta victoria en el asunto del fin de la ayuda militar al Uruguay no es el final de la batalla sino solo el comienzo. Aspiro a que en un futuro cercano los Estados Unidos acaben con su apoyo militar, económico y otros al actual régimen

militar.- Me han contado que los actuales mandones en Montevideo me están atacando directamente con nombre y apellido. Lo considero un gran honor.- Finalmente, debo decirte que debes de estar muy orgulloso de tu hijo. Está haciendo acá en Washington un trabajo excelente. Yo lo veo: la tradición de democracia en Uruguay no está muerta; esa tradición vive tan fuerte en tu hijo como en ti mismo.- La Democracia retornará al Uruguay. Ruego que Estados Unidos no se pare en el medio para impedirlo, y no lo hará mientras que yo esté en el camino».

(Aplausos en la Barra).

Señor Presidente: en ese proceso en el que Wilson convive y tiene el apoyo indispensable -como se ha expresado- de su hijo, de su familia, y muy especialmente de Susana Sienra, que lo acompañó en todas y cada una de las instancias, seguramente se fue gestando el concepto de gobernabilidad que termina de exponer en forma acabada en la explanada de la Intendencia de Montevideo el día de su liberación.

Al Uruguay le faltó gobernabilidad previo al golpe, por razones que no vamos a analizar. Seguramente tenía el convencimiento -si hay algo indiscutible en la personalidad de Wilson Ferreira Aldunate es su optimismo- y el conocimiento de que si llegaba a la Presidencia de la República iba a necesitar aquello de lo que el país había carecido durante muchos años, que era gobernabilidad. Quizá proyectó la gobernabilidad para recibirla como Presidente. Y llegó al país y le tocaron cinco meses y medio de prisión, y le tocó la liberación cinco días después de la elección. Con esto quisieron decirle: «Estabas preso para que no fueras parte de la campaña electoral» y, a nuestro juicio, estaba preso para que no fuera Presidente de la República.

Por lo tanto, esa gobernabilidad, pensada primero para la institución -la comunidad espiritual- y, segundo, para su propio Gobierno, la entrega generosamente a un Gobierno ajeno. Tan grande es la entrega -no necesito relatarlo a los que están presentes porque lo conocen muy bien- que si la amnistía fue lo más general e irrestricta posible, fue porque Wilson se comprometió a eso en la explanada de la Intendencia, y eso fue lo que votó su partido cuando llegaron las instancias correspondientes.

A esos gestos se agrega otro, al que a veces no le damos la trascendencia que merece. Voy a recoger otra frase de aquel período en el que por fin las generaciones que estamos aquí presentes pudimos disfrutarlo, porque para nosotros Wilson era alguien que estaba allí, a quien seguíamos por convencimiento, por motivación y por nuestra manera de ser como blancos, pero no teníamos la oportunidad de compartirlo y disfrutarlo como normalmente se comparte y se disfruta un líder cuando está presente. No obstante, nos dimos el gusto de escuchar unos cuantos discursos después de 1984. En uno de ellos dijo: «Nosotros no necesitamos que al actual Gobierno le vaya mal para ganar las próximas elecciones». Esto ya lo venía haciendo desde la explanada de la Intendencia. Cuántas veces hemos escuchado la crítica que la gente nos hace -a la gente hay que escucharla- de que los políticos tenemos un discurso y después mostramos otra forma de acción. Yo creo que en la mayoría de los casos esto no es cierto, pero es una realidad. En algunos casos es cierto y esos pocos casos sirven para generalizar y condenar.

Repasen el discurso de la explanada de la Intendencia, que fue difícil, en una situación complicada, de cara a una realidad que ponía al país en el desafío de dar respuestas a la gente, que las buscaba desesperadamente; y, con mucha razón, la dirigencia de entonces sabía que iba a ser difícil que en lo inmediato el Presidente Sanguinetti diera las respuestas que la gente estaba esperando, porque en el Gobierno no se hace magia. La reinstitucionalización, la recuperación de las libertades y la posibilidad de convivir en paz eran valores de enorme significación, pero había otras cosas que la sociedad estaba reclamando a las que probablemente se iba a hacer difícil dar una respuesta. Repasen el discurso de la explanada de la Intendencia y miren la ejecutoria de Wilson en los años posteriores -repito que fue un discurso difícil y comprometido- y verán cómo se junta el discurso político con la acción, el cumplimiento de la palabra empeñada aun dentro del cuestionamiento que pudiera surgir de las propias filas. Esto se trasluce en los actos, en los hechos y en las decisiones más importantes y, también, en algunos hechos que quizá se pudieran calificar como no trascendentes, pero que sí lo fueron. Por ejemplo, cuando el Presidente Sanguinetti, entonces Presidente electo, consultó a Wilson Ferreira Aldunate para saber si el Partido Nacional iba a proponer nombres para integrar el Gabinete, Wilson le dijo que no, pero sugirió dos nombres de personas que serían dos grandes Ministros en cualquier Gobierno de cualquier partido y de cualquier país: Enrique Iglesias y Raúl Ugarte, Canciller y Ministro de Salud Pública respectivamente. Y esto fue producto de la generosidad con la que actuaba el líder del Partido Nacional en aquellas circunstancias.

(Aplausos en la Barra).

—Recuerdo que cuando estaba estrenando mi condición de Diputado -llevaba treinta días en el cargo- tuve el honor de hacer uso de la palabra en una Asamblea General de recordación a Wilson Ferreira Aldunate y confieso que la emoción, los nervios y el deseo de participar de aquella instancia eran menores que el entusiasmo y el sentimiento de hoy, increíblemente, porque lo lógico hubiera sido lo contrario. Al terminar el discurso recurrí a unas expresiones de Wilson que quedaron muy marcadas entre sus más importantes, que fue la que realizó en la Curva de Maroñas. Tan marcadas quedaron que trece años después repite parte de ese discurso en la explanada de la Intendencia. Él contaba que en la Curva de Maroñas, cuando va a empezar el discurso comienza a levantarse una tormenta y dijo: «No se vayan, no teman

que venga el viento, que barra todo lo que tenga que barrer. Y aunque se transforme en huracán, no teman si el huracán sopla animando las viejas banderas del Partido Nacional».

(¡Apoyados!).

—También quiero manifestar lo que descubrimos los blancos y muchos otros uruguayos con el pasaje de los años. El otro día, un amigo me lo demostraba de una forma mucho más clara. Ese amigo, que nunca había sido blanco, vino al partido por Wilson y lo fue a ver en 1980 a Londres. Ese día Wilson lo recibió a las diez de la mañana y se fue a las cinco de la tarde, y no se conocían. Después él me dijo: «Cuando salí de esa casa tuve la sensación de que Wilson era una fuerza de la naturaleza»; y creo que, más o menos, va por este camino.

Creo que si Wilson cometió un error fue el de haberle dicho a Susana: «Dentro de dos años la gente ya no me va a recordar». Ha pasado un cuarto de siglo, y todos los partidos políticos estamos reunidos en la Asamblea General, con la presencia del Poder Ejecutivo, para homenajearlo; y lo hacemos de esta manera porque creemos en estos valores y, además, porque todos sabemos que en el sentir popular, a pesar de haber transcurrido veinticinco años, Wilson está; está vivo, está vigente, deslumbrando, convocando y sorprendiendo a propios y a ajenos.

En aquel discurso que mencioné anteriormente, repasando lo sucedido en la Curva de Maroñas y en la explanada de la Intendencia, dijimos que nos habíamos dado cuenta de que ese viento es Wilson. Y terminamos diciendo que ese viento volvería a soplar y, en respuesta a aquello de que en dos años ya no iba a estar en la memoria de los uruguayos, Wilson -por eso está tan vigente hoy-, como el viento, fue, es y será futuro.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

5) AUTORIZACIÓN A VARIOS LEGISLADORES PARA RETIRARSE DE SALA.

SEÑOR PRESIDENTE.- Dese cuenta de una moción presentada por los señores Legisladores Penadés, Posada, Viera y Rosadilla.

(Se lee)

«Mocionamos para que la Asamblea General autorice a un grupo de Legisladores a retirarse de Sala a los efectos de concurrir a la celebración de los Cien años de la Fuerza Aérea Uruguaya».

—Se va a votar.

(Se vota)

—Cien en ciento uno: **Afirmativa**.

6) HOMENAJE A LA MEMORIA DEL SEÑOR WILSON FERREIRA ALDUNATE AL CUMPLIRSE VEINTICINCO AÑOS DE SU DESAPARICIÓN FÍSICA.

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor legislador Agazzi.

SEÑOR AGAZZI.- Señor Presidente: es un honor para mí, como integrante de la Bancada del Frente Amplio, hacer uso de la palabra en este homenaje que la Asamblea General realiza a Wilson Ferreira Aldunate, con motivo de cumplirse veinticinco años de su desaparición física.

Creo que le da un valor simbólico particular el hecho de que el señor Presidente de la República nos acompañe en esta, la Casa de los representantes del pueblo, así como su familia y sus compañeros de militancia política, quienes están presentes en este homenaje.

En homenajes como este, el paso del tiempo nos da el equilibrio necesario y la maduración, inclusive, de la evolución y las transformaciones naturales que se van produciendo en la sociedad. Todo esto nos permite valorar la trayectoria del homenajeado desde nuevos ángulos.

Me tomaré la libertad, señor Presidente, de llamar «Wilson» al señor Wilson Ferreira Aldunate; pido que esto no se tome como una denominación familiar atrevida, sino como una aproximación afectuosa a su personalidad y a su obra, pues esto mismo logró con sus compañeros de partido, con los actores del sistema político y con el pueblo todo.

Hoy estamos todos juntos homenajeándolo, pero cada partido político, cuando valora a una personalidad como la de Wilson, razonablemente pone los acentos según su programa, sus principios, su posición en el escenario político e, inclusive, según sus relaciones con el homenajeado.

Nuestro homenaje no será una alegoría genérica; nuestra colectividad política no es la misma, por lo que en esta Casa, que es la de los debates y la interacción, haremos referencia, a partir de nuestra visión y nuestras ideas, a los aportes que este insigne ciudadano, actor político clave de su tiempo, hizo a la sociedad que todos integramos, que le dan permanencia, aun cuando físicamente hace veinticinco años que no está entre nosotros.

El conocimiento personal del homenajeado ha estado presente en las palabras del Senador Gallinal; ello aporta valoraciones intransferibles que yo no tuve. Por motivos de distinta naturaleza no tuve oportunidad de conocerlo personalmente, lo que hubiera disfrutado de haberse dado. Por ello, el enfoque de mi intervención no parte de un conocimiento personal, sino de una valoración de su actividad, que pretendo sume a todo lo que aquí se diga.

Es común, señor Presidente y señores Legisladores, comenzar un homenaje con una biografía del homenajeado, pero con personalidades como la de Wilson esto es relativo, exceptuando algunas aristas que ayudan a entender su trayectoria. Lo que importa valorar y destacar es su obra, sus actos y la estela que dejó su recorrido político.

Es indudable que toda su trayectoria, como militante estudiantil, como militante de su partido, como Diputado por el departamento de Colonia, como Senador, como Ministro, como exiliado y perseguido político, estuvo pautada por un importante componente de sensibilidad social. Seguramente, ello fue producto de algunas influencias, entre ellas, las de su familia y la de su padre, el doctor Juan Ferreira quien, siendo oriundo de Rocha, vivió en Nico Pérez, Melo y Montevideo. Fue médico por vocación, y aunque era hombre de fortuna, eligió ese destino hasta el último día de su vida, ya que murió en una ambulancia de Salud Pública atendiendo a un enfermo pobre que lo necesitaba.

En la ciudad de Melo hay un testimonio del cariño con el que lo recuerda la gente; en la ruta nacional n.º 8 y la calle Juan Ferreira se erigió un monolito con el aporte de setecientos ochenta pobres que el doctor atendió.

Seguramente, la opción de vida de su padre tuvo influencia en la formación y en la propia filosofía de vida de Wilson, como es natural.

Wilson no se recibió de abogado; se dice que fue por imperio de una circunstancia familiar, que lo hizo abandonar sus estudios cuando falleció su padre. Analizando su vida, creo que eligió no ser abogado pues, seguramente, sintió más fuerte el compromiso de trabajar por cambiar el destino nacional; eligió ser militante de su partido, de la libertad, de la justicia y de la democracia, tal cual él la entendía; eligió otra profesión, que fue la de la militancia política. Su vida fue eso, y lo sembró en su partido, en sus acciones y en su familia.

Como parlamentario, fue ocho años Diputado por Colonia, lo que despertó su vocación por la labor legislativa, en la que mostró su talento y gran fervor.

Fue muy grande su tarea parlamentaria; fue estudioso, profundo y participó en muchos proyectos de ley. Quienes compartieron con él su quehacer parlamentario siempre recuerdan la multiplicidad de sus conocimientos, ya que hasta fue crítico de cine en su juventud. También tenía cultura musical y versación literaria.

Asimismo, tenía conocimientos en el terreno de la filosofía y en el deporte, ya que fue delegado del Club Nacional de Football y luego Vicepresidente de la Asociación Uruguaya de Fútbol; inclusive, fue consejero de la FIFA en Londres, en representación de la Asociación Uruguaya de Fútbol.

Siempre consideró un título honorífico el hecho de haber integrado durante muchos años un Parlamento libre.

Toda su vida fue de acción y compromiso; siempre buscó caminos nuevos. Como ejemplo menciono que en las recorridas por el departamento de Colonia, en épocas de campaña electoral, se alejó con fundamento de las formas tradicionales de hacer política repitiendo varias veces: «No esperen de mí los colonienses que haga trámites de jubilación o gestione empleos públicos. Si con el voto de ustedes llego a ser Diputado, bregaré por la creación de fuentes de trabajo y porque los derechos de la seguridad social sean otorgados sin intermediarios ni intervención de ningún político».

En aquel tiempo, este planteo era removedor; aún hoy es discutido en todo el sistema político, pues es el centro de la tensión del político entre su existencia como tal y sus obligaciones.

Es difícil decir cuál fue su actuación pública más destacada, pero la que tuvo como Ministro de Ganadería y Agricultura en el período 1963-1967 fue singularmente importante.

Actuando en conjunto con la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico, encabezó el trabajo de la CIDE Agropecuaria, que contenía diagnósticos, análisis y propuestas legislativas que hizo suyo el Consejo Nacional de Gobierno de la época y envió a la Comisión Permanente el 11 de febrero de 1965. Hasta la fecha es símbolo de trabajo pertinaz: 11 de febrero, cuando estaba funcionando la Comisión Permanente. Ello fue el fruto de un profundo análisis de la realidad nacional y contenía siete proyectos de ley.

Eran tiempos de encontrar respuestas a grandes problemas. La crisis nacional que sobrevino luego de la Segunda Guerra Mundial representó una modificación sustancial en el funcionamiento de nuestra economía. Era imprescindible superar el deterioro de nuestras exportaciones -que iban en caída-, impulsar

el crecimiento productivo -sobre todo del agro, que era el sector fundamental de la economía uruguaya de la época-, usar responsablemente la tierra, mejorar la productividad, contar con créditos adecuados, asegurar el abastecimiento de fertilizantes y semillas y reformar las estructuras agrarias. Todo ello estaba integrado en lo que la exposición de motivos llamaba el Plan Nacional de Desarrollo Agropecuario, que el Consejo Nacional de Gobierno hizo suyo a propuesta del entonces Ministro de Ganadería y Agricultura.

El entonces Ministro se preguntaba por qué no había crecimiento de la producción, cuando teníamos tierras y demás recursos naturales, había mercados y demanda externa. Y su respuesta era simple y lógica. Decía la exposición de motivos: «Somos un país privilegiado en suelos, clima, topografía, educación y tenemos grandes posibilidades de aumentar nuestra producción y distribuirla mejor. Esta es una tremenda tarea de carácter nacional que debe plantearse con altura de miras y alejada de las limitaciones que implica la lucha partidaria». Esto es una constante, es una visión estratégica que siempre manifestó Wilson.

Sostenía que los problemas de estructura que afectan al agro consisten en la inconveniente distribución de la tierra por tamaño y el gran porcentaje de esta trabajada con problemas de tenencia. Los minifundistas, por carecer de tierras y ahorro suficientes para financiarla, no pueden incorporar tecnología y sus familias viven con ingresos inferiores a los del asalariado rural. Los latifundistas son omisos a las innovaciones por varias razones: porque obtienen grandes ingresos en razón de las grandes extensiones que poseen; porque, en general, son ausentistas y no están dispuestos a residir en sus predios como una explotación tecnificada exige; porque las enormes inversiones que necesitan, así como su capacidad de gestión empresarial, no les son suficientes.

Para remediar todo esto propuso fijar límites máximos en materia de concentración de la propiedad de la tierra, estableciendo severos controles para su cumplimiento. Prohibió la titularidad de dominio a sociedades de capital. Impidió la formación de nuevos minifundios por debajo de ciertos límites, estableciendo unidades mínimas de explotación. Planteaba modificar el Instituto Nacional de Colonización para que cumpliera su rol de acceso a la tierra a los pequeños productores y proyectó un nuevo régimen tributario consistente en un impuesto a la baja productividad y a la acumulación de tenencia de tierras.

Fue un planteo removedor, original, audaz.

Esta propuesta estructuralista de buscar un camino para superar el estancamiento a través de cambios de tamaño se apoyaba en considerar negativas, tanto la gran explotación -latifundio-, como la pequeña -minifundio-, por lo que la alternativa era un tamaño medio de entre 600 y 2.500 hectáreas. El planteamiento perdió peso en las interpretaciones económicas posteriores y hubo otros enfoques e interpretaciones en aquella época, pero quiero significar hoy su importancia, su profundidad y su valor político en aquel Uruguay que necesitaba una salida.

Algunas leyes, de aquellas siete, se aprobaron pero otras no prosperaron.

En 1971 se postuló a la Presidencia con un proyecto integral de reformas basado en análisis similares a los que había hecho como Ministro de Ganadería y Agricultura que no habían tenido los apoyos necesarios en el sistema político, planteando una reforma agraria en el Programa de Gobierno «Nuestro Compromiso con Usted». Su programa tuvo el respaldo de 439.649 voluntades, por lo que fue el candidato más votado. Perdió por muy pocos votos. Hubo irregularidades admitidas en las elecciones de 1971 y, si bien el calificativo de fraude fue repetido y negado muchas veces, nadie lo pudo demostrar. De todos modos, este resultado es demostrativo de la importancia política de su planteo.

La madrugada del 27 de junio de 1973 se celebró una reunión del Senado en la que los Legisladores volcaron su pensamiento acerca del drama que esa noche caería sobre la República y, estuviéramos donde estuviéramos entonces, todos recordamos aquella declaración de Wilson de convertirse en el más tenaz opositor al régimen que se instalaba. ¡Y vaya si lo fue!, reconocido por todos, hasta por los asesinos que planearon su eliminación junto con la de Michelini y Gutiérrez Ruiz, de la que escapó milagrosamente.

Fue un gran luchador por la democracia desde el exilio, en el que multiplicó su prestigio de demócrata. Desde Buenos Aires, de donde partió a tierras lejanas, recorrió todas las trincheras donde pudiera hacer algo para aislar a los dictadores: el Palacio de Congresos de Barcelona; el Consejo de Europa; reuniones de trabajadores uruguayos, de exiliados, del Tribunal Russell; el Congreso de Estados Unidos de América, pidiendo que se cortara la ayuda militar a la dictadura, para ayudar a la restauración de la democracia en el Uruguay.

Aplicó su criterio de unidad, entendida como clima, como afán permanente de entendimiento, como esfuerzo mancomunado de todos para enfrentar al peor enemigo que tuvo el pueblo uruguayo. Wilson expresó permanentemente su voluntad unitaria. Dijo cuando salió de la cárcel: «si algo me emocionó al aproximarnos a Montevideo, era ver a la vera del camino no solo las banderas del Partido Nacional, sino todas las que ondearon desde el golpe hasta hoy, las que apoyamos la maravillosa huelga general con que el pueblo uruguayo recibió al golpe de Estado y que terminó en una de las

más hermosas derrotas que haya experimentado el movimiento obrero en parte alguna del mundo, porque fue vencido en ausencia total de garantías».

En esa etapa recorrió el mundo abriendo puertas, junto a miles que nos movilizamos pidiendo amnistía y libertad, sin distinción de ideologías o partidos; todos, distintos, pero unidos en una causa común. Y allí estuvo Wilson, quien se ganó el respeto de las más diversas fuerzas y opiniones a nivel internacional.

Su retorno al país, continuando con todas sus acciones de aquellos largos años, fue un verdadero acto de militancia antidictatorial en la que entregó su libertad por el bien de todos. Probablemente haya sufrido menos su prisión militante que la falta de su terruño cuando, frente a los hermosos paisajes o históricas obras del hombre que recorrió y vio en otros continentes, recordaba permanentemente que no hay ningún lugar más hermoso que la propia patria.

Cinco días después de las elecciones en las que triunfó el candidato del Partido Colorado, luego de haber sido testigo mudo entre cuatro paredes de una prisión en el cuartel de Trinidad, en la que estuvo encerrado cinco meses y medio, salió sin rencores y con grandeza, en aquel recordado acto que significó en sus propias palabras el reencuentro con su pueblo.

Se ha resaltado muchas veces la altura de Wilson al elevar su espíritu sobre la ruindad de quienes pretendieron sacarlo de su pueblo, herirlo, amenazarlo, minimizarlo.

Por sobre todas esos sentimientos menores, supo elevar sus dotes de dirigente político y puso en primer lugar el camino que debía recorrer la libertad recientemente conquistada. Y ello fue así.

Quiero jerarquizar otro aspecto de su discurso al que debemos prestar atención. Conocido el resultado electoral, con el doctor Sanguinetti triunfador, Wilson dice en su discurso que se debe hacer un esfuerzo para saber cuáles fueron las razones que determinaron ese resultado electoral. Creo que esto tiene una gran significación política. Despersonalizó el análisis en este asunto de tan hondo contenido político en ese momento.

Concluyó que la elección fue una confrontación electoral en un país donde la gente, saliendo de un gran trauma, tenía la ilusión de que se normalizara la vida con las menores complicaciones posibles; que bastaba con restituir las libertades, poder votar, salir a la calle, recuperar la autonomía universitaria, recuperar el Parlamento, etcétera. El país quería soluciones de prudencia, interpretó Wilson.

Por el contrario, su Programa, su Partido dijo que la grave situación nacional no se arreglaba sin cirugía, que se necesitaba una reforma agraria para duplicar las exportaciones y para que los propietarios del suelo no fueran cada vez menos, que se debía asegurar una vida digna en nuestro país a tres millones de orientales. Textualmente dijo: «Si no lo hacemos, somos unos criminales»; se necesitaba una amnistía general y crear un clima de unidad nacional.

Confrontaron, entonces, un planteo de prudencia y otro de cambios profundos.

Pero en la visión de Wilson no se podía cambiar para amoldarse a la mayoría. No fue partidario de cambiar el pensamiento con tal de ajustarse mejor a los resultados electorales. Aunque mucha gente salió presurosa a votar por lo que le permitiría salir de la dictadura con tranquilidad y paz, fue partidario de la aventura, de decir la verdad, de la hermosa aventura, porque en ella nos iba la subsistencia de la patria como nación.

Sostenía textualmente: «Si fuimos imprudentes y los partidarios de la aventura, el tiempo dirá en qué medida era necesaria la imaginación, el fervor, el entusiasmo para esta gran aventura». Este razonamiento, hecho en aquel momento puntual, puede extenderse y permite entender la totalidad de la vida de Wilson, su permanente actitud de búsqueda, de creatividad, de comprometerse generando entusiasmo, de ser combatiente político, de no tomar posición por conveniencia, sino por convicción. Así se entienden todas las batallas que perdió y todas las ideas que sembró en su colectividad y en el país.

Sus planteos, sus proyectos, su carrera política, estuvieron signados por defender permanentemente la Constitución y las leyes, apoyándose completamente en el funcionamiento pleno de los Poderes del Estado, de las instituciones y las normas que los rigen. Lo hizo permanentemente planteando contenidos de justicia, sobre todo para los más humildes, de defensa de un proyecto de país democrático del que estaba convencido, dispuesto a correr la aventura de enfrentar los problemas, respetando y aplicando un Estado de derecho al que no quiso dejar como un envoltorio formal vacío de contenidos.

Señores Legisladores: muchas diferencias hemos tenido con su colectividad política en distintos momentos, pero hoy no estamos para hablar de nosotros, sino para homenajear la personalidad de Wilson. Sentimos que si su ausencia ha representado una pérdida inmensa para su Partido no lo ha sido menos para el conjunto del sistema político, que se ha visto enaltecido con su participación en todos los ámbitos en los que estuvo.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Germán Cardoso.

SEÑOR CARDOSO (don Germán).- Señor Presidente: al cumplirse veinticinco años del lamentable fallecimiento de Wilson Ferreira Aldunate, la Asamblea General honra merecidamente a una de las figuras más importantes de la política nacional contemporánea: un hombre que en forma notoria contribuyó de manera importantísima a la construcción democrática de nuestro país. Creo que todas las colectividades políticas aquí representadas tienen líderes que no están físicamente presentes, pero que mantienen su vigencia entre todos nosotros. Digo esto con todo respeto porque, más allá de nuestras discrepancias o coincidencias con cada uno de estos líderes partidarios, estoy absolutamente convencido de que cada uno de ellos, y de manera explícita el homenajeado en esta sesión, forman parte de la causa nacional. Sus figuras han trascendido las fronteras partidarias, escribieron las páginas más ricas de la historia de la patria y, por lo tanto, forman parte inequívoca del ser oriental.

Wilson Ferreira, como aquí se ha señalado, se inició en la vida política del país en la Juventud Blanca Independiente y fue uno de los grandes forjadores de la unidad de su partido esto, enmarcado en la década del sesenta. Fue, como se ha dicho, dos veces Diputado por Colonia, Ministro de Ganadería y Agricultura y Senador de la República; en el transcurso de seis años de este último período, sin lugar a dudas, se proyectó como el gran líder de su Partido.

Ferreira Aldunate fue un hombre con un estilo muy particular y con características notoriamente sobresalientes, que lo hicieron diferente al resto de su generación. Desde su proyección instaló un estilo de pensamiento propio, definiendo una visión de país a través de diferentes etapas.

Siempre se caracterizó por tener una marcada preocupación por el destino del país rural, desde el Parlamento, desde las bancas que ocupó, y también, sin lugar a dudas, cuando estuvo al frente del Ministerio de Ganadería y Agricultura.

Siempre quedó de manifiesto su intención de ver al país en su conjunto, de diagnosticar y dar un concepto de la política ordenado, tanto en materia social como económica, lo que le dio una marcada vocación de estadista.

Wilson Ferreira surge como líder de su colectividad en un momento histórico muy particular, como por lo general sucede, cuando se dan hechos que marcan tanto a las colectividades políticas como -por qué no- al país. Cabe recordar que en 1959 falleció el periodista, historiador y gran caudillo del Partido Nacional Luis Alberto de Herrera y, en 1964, otra figura de gran relevancia, de un peso electoral indiscutido en Montevideo, como Daniel Fernández Crespo. En ese momento, entonces, de manera notoria, surge un nuevo caudillo a la vida del Partido Nacional y a la vida política del país. Este hombre, sin lugar a dudas, marcó ese momento y, de allí en más, la vida política de nuestro país.

Nuestro Partido Colorado concordó tantas veces como discrepó con Wilson Ferreira. Sin embargo, no dudamos ni dejamos ni un minuto de respetarlo ni de recordarlo como se merecen los grandes demócratas de este país.

Durante los años de exilio, Ferreira recorrió el mundo dando conferencias y haciendo gestiones de todo tipo a favor del restablecimiento de las libertades en el Uruguay.

Volvió en el año 1984 y, a juicio de nuestra colectividad, ese es el momento en el cual pasa a transformarse para siempre en el gran pacificador nacional.

Recuerdo en aquellos tiempos su rostro, su camisa celeste, sus brazos abiertos como aspas, gesticulando y acompañando su notoria locuacidad en el discurso de la explanada municipal -como aquí se señaló-, aquella noche en que recuperó la libertad después de los meses de prisión. Demostrando su perfil de estadista, quiero recordar a texto expreso algo de lo que, entre otras cosas, manifestó en esa ocasión: «No hay objetivo más importante que el de consolidar las instituciones democráticas. Y para consolidarlas nosotros vamos a estar detrás del gobierno que el país se ha dado, aunque no nos guste [...]. Vamos a ayudarlo a que pueda moverse en un clima de paz y de tranquilidad pública y que pueda desenvolver su acción en un país reconciliado y fraterno».

Señor Presidente: siendo muy joven tuve la oportunidad de ver personalmente a Wilson Ferreira Aldunate. Brevemente, quiero volver a compartir una anécdota que ya he relatado en otras oportunidades. Yo pertenezco a un hogar pluralista, de gente de trabajo de este país. Mi padre siempre tuvo notorias convicciones coloradas y batllistas -las sigue teniendo, porque tengo la suerte de tener a mis padres aún-, y mi madre, profundas convicciones nacionalistas. Una vez, acompañando a mi madre en el departamento de Treinta y Tres, recién restablecida la democracia, asistí a un acto muy importante que se desarrolló en el Centro Democrático de aquella ciudad -los Legisladores de dicho departamento que están presentes tal vez lo recuerden-, donde tuve la oportunidad de verlo en vivo y en directo, muy de cerca, y de escuchar

la brillante pieza oratoria que desarrolló Wilson Ferreira Aldunate, en un acto que fue cerrado por otra brillante pieza oratoria, pronunciada por el flamante Presidente de la República, doctor Julio María Sanguinetti. Recuerdo claramente la emotividad que tuvo esa reunión para todos los presentes porque, sin lugar a dudas, se generaba una instancia muy esperanzadora en el Uruguay, que era el restablecimiento de la democracia.

Tengo grabado a fuego en mi memoria aquel discurso de Wilson Ferreira, a quien nunca más vi personalmente. Sin dudas, y lo puedo decir porque lo percibí en ese momento, era un hombre con un carisma atrapante. En la reunión que acabo de relatar, noté y percibí cómo Wilson Ferreira derrochaba y desplegaba una energía increíble que iba atrapando a quienes estaban presentes y seguían con firme atención lo que estaba diciendo. Esto me lleva a comprender, con el transcurso del tiempo, que sin lugar a dudas esa energía y esa actitud positiva y en pro eran lo que le daba aquel magnífico reconocimiento y sus dotes de notorio liderazgo dentro de la interna de su Partido Nacional.

Wilson Ferreira fue un constructor y un pacificador nacional a su retorno al país y, a partir de ese momento, comienza la etapa final de su vida. Estamos absolutamente convencidos de que dejó un gran mensaje de paz. Estamos ante un ciudadano que poseía una gran jerarquía espiritual. Sus mensajes en momentos difíciles para el país siempre fueron de altísima calidad y de un auténtico sentimiento nacional. Ponía todo su empeño en cerrar heridas, asumiendo las más difíciles actitudes hacia la interna de su Partido, pero sobreponiéndose, porque siempre miraba para adelante, miraba el interés nacional y el de la patria a la hora de asumir decisiones, sobre todo parlamentarias, tal como le tocó vivir, ya que debió votar leyes que implicaron grandes debates y confrontaciones en la vida política de la historia reciente de nuestro país.

De esta forma -como señalaba el Legislador Gallinal-, se ha incorporado una de las frases que más se recuerdan de sus discursos, que es aquella en que Wilson Ferreira definía al Uruguay como una fuerte comunidad espiritual, porque él decía que era una comunidad de igualdad ante la ley, de respeto al derecho, de conjunciones históricas y de un sentido de libertad que nos singularizó siempre. Así decía Ferreira Aldunate. Y quiero agregar que a esta comunidad espiritual Wilson Ferreira Aldunate contribuyó como pocos con su espíritu superior. Ferreira aportó su talento y siempre parecía estar mirando en positivo hacia adelante para pensar un Uruguay respetuoso, respetado en el mundo, que muy lejos de su origen provinciano se sintiera fuerte por sus principios, por su libertad, por sus instituciones y por la calidad de su gente.

Entonces, el mejor homenaje que a nuestro juicio podemos tributar a Wilson Ferreira Aldunate es trabajar todos para preservar a nuestra sociedad, para que tenga una convivencia lo más ordenada y pacífica posible. De esa manera, estaremos resguardando y protegiendo la República Oriental del Uruguay. De esta forma, estaremos salvaguardando su comunidad espiritual, como él la definía.

Vaya, entonces, desde aquí, desde el Partido Colorado, nuestro reconocimiento a la señora esposa de Wilson Ferreira Aldunate, a sus señores hijos, a sus nietos y a su Partido Nacional.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Tiene la palabra el señor Legislador Radío.

SEÑOR RADÍO.- Señor Presidente: el reconocimiento de la estatura política y personal, y de la trayectoria de Wilson Ferreira Aldunate, claramente trascienden su Partido Político. Este homenaje, en esta Casa, lo demuestra, porque Wilson fue un Legislador que con su gestión en esta Casa honró al Parlamento uruguayo, y lo sigue honrando.

Wilson fue, además, un dirigente político y un luchador social que, con su lucha en los años previos a la dictadura y durante esta y, además, con su gestión política luego de restaurada la democracia, con sus gestos y sus desprendimientos, nos gusten o no nos gusten, contribuyó fuertemente a la vigencia de la institucionalidad democrática en nuestro país hasta nuestros días. Y, en este sentido, siento que todos los orientales, y en particular los que ocupamos una banca en esta Casa, aquellos que tenemos apego por la institucionalidad democrática, tenemos el deber irrenunciable, la obligación de ser custodios fieles del legado de aquellos hombres de todos los partidos que jugaron fuerte a favor de la vigencia de la institucionalidad democrática en nuestro país, entre los cuales Wilson, sin lugar a dudas, tiene reservado un lugar destacado en la historia de nuestra patria. Ya lo está ocupando.

Wilson fue, además, un estadista, un hombre con visión panorámica de la historia, un hombre con visión de patria y con visión de futuro. Fue Ministro, participó activamente en la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico -CIDE-, que fuera creada en el primer colegiado nacionalista. Fue creador del Secretariado Uruguayo de la Lana, de La Estanzue-

la, para las investigaciones agrícolas. Además, como señalamos, Wilson fue Diputado y Senador, con una prolífica actividad parlamentaria, proactivo autor de múltiples proyectos, y también implacable opositor, intransigente en la defensa de los valores y particularmente recordado por aquellas duras interpelaciones.

Wilson fue uno de los que tuvo que partir al exilio y fue uno de los que nunca bajaron los brazos. Al contrario, vivió su exilio integrado más que siempre a la patria oriental, a esta «comunidad espiritual», como recordaba el Legislador Gallinal y como él la definía. Tal cual se comprometió en aquel memorable discurso que pronunciara en esta Casa, siempre fue un radical e irreconciliable enemigo de quienes usurparon el Gobierno. «Asistencia a la asociación subversiva», le tipificaban los usurpadores; ¡no tenían vergüenza!, entre otras cosas.

Fue detenido aquel recordado 16 de junio de 1984, cuando regresó a la patria en medio de una enorme movilización popular, y lo mantuvieron encerrado con el único propósito de que no pudiera competir en las elecciones nacionales. Eso fue algo bochornoso; otro estúpido gesto de los miedosos, la razón de la sinrazón, como decía Cervantes.

Wilson no tardó en responder. «No hay objetivo más importante que el de consolidar las instituciones democráticas», decía en su histórico discurso de la explanada municipal. Objetivo perpetuo -me voy a permitir agregar-, objetivo siempre inacabado y que, sin embargo, a veces nos damos el lujo de perder de vista corriendo detrás de objetivos políticos menores, de espejismos, del griterío ensordecedor y enceguecedor de la tribuna.

Recuerdo muy bien el entusiasmo de las elecciones de 1971; en casa lo vivimos con mucha intensidad. Recuerdo muy bien la convicción, el entusiasmo y la alegría con la que mis viejos participaban activamente y militaban en aquellas elecciones por otro partido; sin embargo, nosotros mirábamos con mucha simpatía a Wilson. Yo, que era casi un pibe, creía que Wilson iba a ser Presidente de la República. Ya he dicho alguna vez en esta Casa -aunque no sirva para nada hacer ese ejercicio- que más de una vez pensé que con la actual legislación Wilson efectivamente habría sido Presidente de la República. En ese caso -como dijo en una ocasión el señor Legislador Bayardi-, seguro que el destino de este país habría sido muy otro.

El hecho de que hoy estemos reunidos, Legisladores y dirigentes de todos los partidos -hasta hace un momento estaba nuestro Presidente de la República-, da la razón a aquellos adherentes del Partido Nacional que entonaban enérgicamente, en 1971: «Wilson gana». Sin embargo, ¿qué faltó? ¿Qué curioso ordenamiento de los astros se verificó para que una y otra vez la historia hiciera a los uruguayos la canallada de que Wilson no fuera nuestro Presidente? Tener en la historia a un dirigente de la magnitud de Wilson Ferreira Aldunate hace aún más grande a su partido; tener en la historia a un dirigente de la magnitud de Wilson Ferreira Aldunate, y de dirigentes de otros partidos que están con él en ese lugar privilegiado de la historia, hace envidiable a este país; tiene que ver con el orgullo de ser orientales.

La generosa vida política de Wilson Ferreira, llena de renunciamientos, llena de desprendimientos, sin medir costos políticos, su vocación republicana, tan opuesta a la idea de los exclusivismos, es consecuente y hace honor a la historia de su Partido. Ya todos sabemos que los cardos de Masoller fueron regados por sangre que clamaba por la coparticipación.

En Wilson Ferreira Aldunate, el último caudillo, la historia se detiene un instante y nos obliga a reflexionar, a cuestionarnos, a hacernos cargo y a tratar de entender las razones, el porqué del cariño cotidiano con el que nuestra gente reconoce a Wilson, de los porqués del homenaje perpetuo que significa estar presente todos los días en el corazón de los uruguayos, de los orientales y del que hoy, a veinticinco años de aquel 15 de marzo, el Partido Independiente se hace eco.

Muchas gracias, señor Presidente.

VARIOS SEÑORES LEGISLADORES.- ¡Muy bien!

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

SEÑOR PRESIDENTE.- Ruego que se me permita desde este sitial adherir con mucha convicción, con mucha emoción y, sobre todo, con un gran cariño y afecto personal, a este merecido homenaje que la Asamblea General tributó a la memoria de un gran oriental. Déjenme decirles que lo hago porque tuve la inmensa fortuna personal de que Wilson fuera un protagonista y un referente absolutamente esencial en una etapa importante de mi vida, como la de la juventud, cuando uno se forma, se educa y empieza a acumular experiencia. Por esto es que lo he llevado siempre en lo más profundo de mi corazón; lo sigo haciendo y lo seguiré haciendo hasta el último día de mi vida.

Un beso a Susana, a Juan Raúl, a Babina, a León, a Gonzalo y a toda la familia.

Muchas gracias.

(Aplausos en la Sala y en la Barra).

7) LEVANTAMIENTO DE LA SESIÓN

SEÑOR PRESIDENTE.- Se levanta la sesión.

(Es la hora 11 y 6).

DANILO ASTORI
Presidente

Hugo Rodríguez Filippini
Secretario

José Pedro Montero
Secretario

Walter Alex Cofone
Director General del Senado

Julio Míguez
Director del Cuerpo de Taquígrafos
de la Cámara de Representantes

Corrección y Control
División Diario de Sesiones del Senado

Armado e Impreso
División Imprenta del Senado